



CULTURA

Felix Urabayen: el escritor y su obra

Juan José Fernández Delgado



Este escritor navarro-toledano nació en Ulzurrun (1883) y, después de hacerse novelista, estam-pista y ensayista en Toledo durante veinticinco años (1911-1936), en los que desempeñó su labor docente en la Escuela de Magisterio y el cargo de director durante la República, murió en Madrid el 8 de febrero de 1943. Durante los quince años que precedieron a la proclamación de la II República, gozó de fama y merecido renombre literario. A esta popularidad contribuyó de manera decisiva su asidua colaboración en los famosos "folletones" de *El Sol* (1925-1936) con ochenta y cuatro

artículos literarios, que el propio escritor se apresuró a bautizar como "Estampas toledanas", "Estampas de mi tierra" y "Estampas del camino" que no han de confundirse con el libro del mismo título. Después, por haber pertenecido al bando perdedor, mas lejano al exilio, su nombre quedó en el más ignominioso de los olvidos, prolongado hasta hoy día de manera tan injustificable como insostenible.

Fue amigo de Osorio y Gallardo, de "Pepín" Bello, de Ortega y Gasset, de Marañón, del mismo presidente Azaña, de Olarra Garmendía, director de Espasa-Calpe y de Félix de Lorenzo, director que fue durante bastantes años de *El Sol*, con quienes compartió tertulias literarias en el Madrid bohemio de

la época. Ostentó el cargo de Consejero de Cultura durante unos meses por ruegos encarecidos del Presidente Azaña y rechazó una cátedra que el representante de la Embajada mejicana le brindaba en aquel país, aun instado a aceptarla por Menéndez Pidal, Marañón y Pedro Ricó, alcalde por aquellos días de Madrid. Durante la Guerra, ejerció en Alicante (Pedreguer) hasta que las circunstancias lo permitieron. Al regresar a Toledo a mediados del mes de mayo de 1939, fue detenido en Atocha y encarcelado en Conde de Toreno hasta noviembre de 1940, en donde coincidió con Miguel Hernández y Buero Vallejo. Regresó a Pamplona a casa de su

hermano Leoncio. Allí permaneció hasta mediados de noviembre de 1942, tiempo en el que escribe su última novela, *Bajo los robles navarros*, que ya no verá publicada.

Durante sus estudios de magisterio en Pamplona y en Zaragoza, se despierta en nuestro escritor una gran curiosidad por el mundo clásico, griego y latino, que se convertirá en interés constante por su mitología, filosofía y literatura, de lo que deja constancia en toda su obra mediante abundantes citas, alusiones y comentarios. La veneración por nuestros clásicos se le inculcó también en estos años de formación, y los llegó a conocer en extensión y profundidad: El Arcipreste de Hita, López de Ayala, a quien moteja como el primer cacique de Castilla,

RESUMEN:

Siguiendo nuestra tarea de rescate o redescubrimiento de autores de interés, traemos en esta ocasión a las páginas de *Añil* dos trabajos sobre la figura del escritor navarro-toledano Felix Urabayen. Este primer artículo de Juan José Fernández Delgado -que ha realizado la única tesis doctoral sobre este personaje- significa una síntesis para entender las claves de su obra. Como dice el autor, Urabayen es "el mejor intérprete del paisaje, de la vida y del alma de Toledo en el siglo XX". El siguiente artículo, de nuestro subdirector, Francisco Gómez-Porro, profundiza en algunas constantes de la obra de Urabayen, lo contextualiza dentro de las generaciones del 98 y de 1918, y lo reivindica como uno de los más intensos analistas de las gentes y los pueblos castellanos.

Revista de Estudios de Castilla-La Mancha

Manrique, *La Celestina*, Garcilaso, la novela picaresca, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, al que zahiere con saña y encono, etc., encuentran sugerencias, comentarios y digresiones en las estampas y novelas urabayenescas. La novela picaresca, a cuyos "héroes" justifica por el "hambre" y la necesidad, a su vez, le brinda la fórmula para analizar la moralidad de sus contemporáneos: concibe Urabayen el inicio de la decadencia de la raza en los tiempos del Emperador, que ha ido en aumento, por individualismo y atrofiamiento, hasta llegar a nuestros días, por lo que el pícaro de entonces ha degenerado en el actual—"larva" le llama Urabayen—, sólo que éste esconde peores intenciones y se reviste de variados antifaces. De modo que el pícaro de entonces resulta un "héroe" en la actualidad. En fin, nuestros clásicos le proporcionan un rico legado en vocabulario y una sencillez sintáctica propia de nuestro dilatado Siglo de Oro, siempre acorde con los ambientes que describe o novela. De este análisis de la sociedad actual, surge la constante comparación entre el ayer y el hoy y el carácter moralista que recorre toda su obra.

Su obra literaria—ocho novelas, más de ochenta estampas literarias y ensayos—nace y se desarrolla en Toledo. Pero su mundo afectivo se repartirá entre su tierra natal y la de adopción, a las que dedica sendas trilogías y un número desigual de Estampas. En tierras extremeñas sitúa *La última cigüeña* (1921) con la que se adelanta cerca de treinta años al Plan Badajoz con la exposición de coherentes proyectos para industrializar las márgenes del Guadiana, y en Madrid *Tras de trotera, santera* (1932), que narra los tiempos que precedieron a la República y el posterior triunfo de la misma. Esta novela, en el ánimo del escritor, debía ser la primera de una trilogía que no logró terminar. Se tiene constancia de dos manuscritos de la segunda, *Como en los cuentos de hadas*, que llegaron hasta la redacción de *El Sol* en 1932. Además de tratar los tiempos republicanos y la inminencia de la guerra civil, concedía vida libresca a numerosos escritores e intelectuales del momento: Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Gómez de la Serna, etc. En Alicante recopilaba datos sobre sus "Memorias" y la guerra, que sería la tercera novela de esa incompleta trilogía y reflejaría la triste realidad de España ensangrentada.

Las tres novelas toledanas—*Toledo: Piedad* (1920), obra con la que se inicia el autor en el mundo literario, *Toledo la despojada* (1924) y *Don Amor volvió a Toledo* (1936)—, revelan las notables cualidades de un escritor que logra fundir plenamente el símbolo con lo simbolizado y muy capacitado para la crítica; poseedor de grandes dotes para observar el entorno social, con un amplio poder evocador de ambientes pretéritos y un lenguaje clasicista en consonancia con los ambientes que novela. Interpreta Urabayen la historia de Toledo y su proyección en el futuro y, a través de ella, la historia de Castilla. La ciudad, erigida en protagonista y "descubierta" en la primera novela, es tratada en su forma real y social, e intuida como capaz de generar al hombre salvador de España. La simboliza en una hermosa mujer que unida a un varón fuerte, de corte nietzscheano procedente del Pirineo, engendrarían ese hombre. En *Toledo la despojada*, Urabayen nos presenta a la ciudad "vívica", simbolizada ahora en una hermosa toledana, heredera de grandes fortunas y esquilmada por múltiples amantes y chamarileros; y en *Don Amor...*, después de llevar veinticinco años en la ciudad, expone Urabayen la Toledo "deseada", personificada ahora en la joven Leocadia, nombre de la patrona local. Ahora Urabayen se opone al trasvase Tajo-Segura y propone el desvío de las aguas del río por la vega toledana para hacerla fértil. Pero estos buenos deseos fracasan por la oposición de sus moradores.

En dos planos, pues, desarrolla Urabayen su visión toledana: real y social el primero, que le aproxima a los modelos de

Galdós y Blasco Ibáñez, y a las inquietudes regeneracionistas de los hombres "del 98"; y el simbólico, con el que supera cualquier tratamiento de la ciudad anterior y nos permite afirmar que Urabayen es el verdadero creador de Toledo para la literatura. Al mismo tiempo, nos ofrece la estampa de la ciudad, su color y sus sonidos; el abrazo eterno e infructuoso del río y sus alrededores, unido a evocaciones de tiempos y personajes que dejaron huella en la ciudad, están tratados con maestría tal que hacen de Urabayen intérprete sin par del paisaje, de la vida y de alma de Toledo.

Al carácter local de esas novelas, se opone el regionalista de la trilogía navarra—*El barrio maldito* (1925), *Centauros del Pirineo* (1928) y *Bajo los robles navarros* (1965)—, que se presenta como una continua evocación idílica de toda Vasconia en la que no falta, sin embargo, la nota de censura y reproche. Urabayen detalla la forma de vivir y de morir de la gente vasco-navarra: las antiguas costumbres que aún perduran, los odios atávicos de las arizcuntarras contra los agotes, perdurables absurdamente hasta el momento de ser novelados, la variedad gastronómica, las fiestas de San Fermín, por nadie loadas como por Urabayen; la estampa de numerosos personajes famosos (Gayarre, Iparraguirre) y otros populares; las tres posibilidades de vivir que los valles navarros ofrecen: el contrabando, la iglesia y la emigración. Los valles repletos de hayales y robles, los ríos, las montañas, las formidables tormentas; los blancos caseríos extendidos en las laderas, etc. La vida desintoxicada del egoísmo e hipocresía ciudadana y la muerte tranquila es lo que canta Félix Urabayen en esta deliciosa trilogía, y lo elegido por los protagonistas una vez que han fracasado en la ciudad y han comprendido la malévol concición del género humano.

La desigual visión de las dos regiones en las trilogías comentadas se equilibra con el número desigual de estampas que les dedica. Son descripciones de paisajes, de pueblos, ciudades y monumentos; semblanzas de tipos populares, anécdotas policromadas salpicadas de historia menuda y chispeante. Las toledanas, más de sesenta, las recopiló el autor en tres libros: *Por los senderos del mundo creyente* (1928), en donde se desvelan todos los misterios de la Catedral de Toledo, *Serenata lírica a la vieja ciudad* (1928), estampas dedicadas a Toledo y sus pueblos, y *Estampas del camino* (1934), producto de sus viajes por la provincia. A estos volúmenes, se ha de añadir *Vidas difícilmente ejemplares* (1928), compendio de personajes abigarrados y pintorescos unos e históricos otros por los que Urabayen sintió una verdadera admiración: El Greco e Iparraguirre, sobre todo. Un libro más de estampas urabayenescas hemos de anotar recopiladas por Miguel Urabayen, sobrino del autor: *Folletones en El Sol de Félix Urabayen* (1983), conjunto de dieciocho estampas dedicadas a Toledo, Navarra y cuatro a Palma de Mallorca.

Si sus novelas acusan una falta de cohesión interna y sus personajes, por veces, aparecen como estereotipados, es indudable que Félix Urabayen se alza como prosista delicado y ameno, en cuyas narraciones se conjugan lo real y lo simbólico, lo cotidiano documentado y la fantasía apasionante, la crítica implacable y la indulgencia irónica, a la par que se revela como paisajista primoroso y hondamente lírico. Con todo ello logra un estilo "ciudadísimo" cuya base es la ironía, desde la que se eleva a pasajes de encumbrada retórica se ciñe a la máxima sencillez. Y con esta ironía y la vena humorística desplegada por toda su obra, Urabayen se aleja de sus personajes degradándolos, o de lo narrado para simular que no concede seriedad a nada. Sin embargo, debajo se desliza la censura y una gran dosis de moralidad. Por todo ello, pues, Félix Urabayen merece ser recuperado para la actualidad con la reedición de su obra literaria. Sin él y sin otros muchos escritores, tan injustamente olvidados, las páginas de nuestra literatura quedarán siempre incompletas. ■